

El Cuzco o la abolición de la historia

Desde las terrazas de la que fue fortaleza de Saccahuaman, ocho siglos contemplan al Cuzco, si admitimos que los sillares de la ciudad son los de los incas. Sólo cuatro siglos se vieron los sillares desde esa altura. Llevan otros cuatro soportando sobre sus hombros otras piedras. ¿Habría variado mucho la ciudad vista de coronilla? Han variado sus colores, sus techos, pero su trazo es el mismo puesto que están ahí los sillares. La variación no hay que buscarla en ellos; tampoco en lo que soportan. Ya puede una ciudad ser, como el Cuzco, depósito de eternidades, no por eso deja de cambiar. Podría mantenerse invariable bajo el peso, cada vez más grave, de los años y a pesar de los temblores que le hacen perder, de vez en cuando la cabeza. Su identidad es inadmisiblemente, permanece oculta, porque cambian los ojos del tiempo —y una ciudad como el Cuzco es nada más, y nada menos que Tiempo.

Cuanto más se facilite el acceso a todos los puntos de vista que la abarcan, menos posible es poner a disposición del viajero no digo unos ojos incaicos, en este caso, ni aun los de un conquistador español, sino ni siquiera los del hombre que iba ayer de Lima al Cuzco por la carretera. De nada serviría rehacer semejante viaje, sería inauténtico, el viajero no llevaría en sus ojos la visión blanda de adobe y arena, capaz de asimilarse poco a poco las piedras cansadas que se fuera encontrando por el camino. Lo veraz es ir al Cuzco como se viaja hoy, cómodo, en un avión de la Faucett, donde reconfortan al viajero con una buena taza de café y le dan a chupar el biberón de oxígeno, y desde cuya altura artificial, la sierra parece, naturalmente, de cartón, exactamente igual que en los mapas de relieve. De Lima al Cuzco (menos de dos horas) se puede hacer el viaje de ida y vuelta en una mañana, como lo hace el equipaje del avión.

Un médico de Lima podría ir a visitar a un enfermo del Cuzco sin desatender un solo día su clientela. La visión que de la ciudad tendría este médico sería instantánea pero con más probabilidad de veracidad que la del que va únicamente para ver. En efecto, el que va al Cuzco, a Toledo o a Roma sin otra ocupación que ver, no ve la ciudad como el que vive ocupado en ella, como él mismo ha visto su propia ciudad, su calle, todos los días al salir a sus ocupaciones. La ocupación solamente de ver es aquí una preocupación, un prejuicio vacío en el que se precipitan todos los prejuicios derramados por los nombres de las ciudades o los sitios ilustres. Las cosas no se ven cuando se quiere verlas. Su visión asalta al hombre, queda plasmada en su sangre en momentos vitales. Siempre se verá mejor un paisaje en una batalla que en un paseo.

Las tres cosas de una ciudad

Al salir del aeropuerto, en la ciudad baja del Cuzco, si el viajero echa a andar y si ha andado por otras viejas ciudades del mundo, tiene la misma impresión que acaba de tener en el aire y que tendrá desde las terrazas de Sacsahuaman: el Cuzco será una ciudad más en su colección de viejas ciudades. Vieja antes que antigua. Desde luego, española. No puede haber duda en la catalogación. Se ve al revés de como ha sucedido: española antes que incaica. Esto es lo normal. Las ciudades antiguas se ven al revés, como, en las excavaciones arqueológicas, las primeras páginas de tierra que dicen algo son las menos remotas. La primera Roma antigua que se ve es la barroca.

El Cuzco es, ante todo, una vieja ciudad española, pero ¿de qué parte de España? El día que yo llegué llovía, la humedad se escurría por las fachadas. Estaba en una ciudad española y no me sentía en Andalucía ni en Castilla. Me sentí en Asturias, en Oviedo. La primera impresión —el impacto, se dice antipáticamente ahora— de una ciudad, como de una persona, suele persistir en uno disimuladamente: a mí me resultará difícil sacar por completo al Cuzco de los montes astúricos.

El españolismo del Cuzco se ve enseguida socavado por lo que le sostiene. No hace falta ser un gran observador para reparar en lo extraño de los muros de piedra, a lo largo de las calles, soste-

niendo casas humildes. En España hay muros de piedra sobre piedra en los puentes romanos, en el alto acueducto de Segovia; hay en Tarragona la muralla ciclópea, pero no recuerdo ninguna piedra española, ni europea, que pueda servir de intérprete para entender a los sillares del Cuzco. ¿De qué civilización sin historia llegaron rodando hasta los incas? Aun ignorando que tienen sus antecedentes en otras ruinas de la sierra, no puede menos que pensarse que son el producto, el último producto, de un arte lítico inmemorial. ¿Con qué instrumentos fueron manejados y labrados como si fueran adobe? Están sostenidos unos en otros con una solidez inmutable que, sin embargo, se diría ocasional, sobre todo en los que están engarzados más sabiamente. Los huecos y los clavos de piedra que, en algunos, han sido hechos o dejados, son tan inexplicables que se prestan a todas las explicaciones. Malraux acaba de titular a su obra sobre las artes plásticas: *La voz del silencio*. Esta voz de las artes sin palabra, y aun de las artes de la palabra, es, definitivamente, del que las interpreta. Los sillares del Cuzco se han quedado mudos. Guardan su secreto.

El último terremoto no les ha afectado. Apenas si en el torreón del Coricancha se han separado un poco algunos, mientras que el balconcillo musulmán que los españoles pusieron encima se ha caído. La arquitectura española destrozada se está reconstruyendo decididamente en templos y monasterios. Las órdenes religiosas son internacionales y no deben carecer de medios. Se han reunido las piedras de las torres caídas y se han montado hábilmente colocando cada una en su sitio, como en un rompecabezas. Las iglesias de Santo Domingo y de Belén tienen así ya rehechas las torres a sus pies. Parecen ampliaciones de esas tablas primitivas en que se yergue un mártir con la cabeza cercenada y puesta cuidadosamente en el suelo.

Los muros del Cuzco que tanto le preocupan al viajero no se ven lisamente sino culebreados, como en la Casa de las Serpes, sólo que en vez de por culebras labradas, por la carrera de los indios flacos, ágiles, medio desnudos, que pasan rozándoles con los harapos colgando. Estos indios corredores son los recaderos de la ciudad, en la que, por los muchos que se ven, deben hacerse muchos recados, y su velocidad es de suponer que sigue siendo la de los Mercurios de los incas. Otros indios marchan, por el contrario, tra-

bajosamente, muy lentos, suben las cuestas más empinadas doblados bajo cargas atroces: son, sin duda, los sucesores de los que acarrearón los sillares. Pero no está bien dicho acarrearón, no utilizaron el carro en sus inverosímiles transportes, no conocían la rueda, como tampoco conocían la escritura, ni utilizaban la columna. Sólo una se ha encontrado en toda la arquitectura incaica: la del templo de Huiracocha, fuera del Cuzco, que aparece aislada, separada de los muros y no se sabe ciertamente para qué servía. La falta de columnas es lo que hace tan hermética a la arquitectura incaica, como a otras arquitecturas antiguas y a la moderna de cemento.

Entre los dos movimientos extremos de los indios del Cuzco, el de los cargadores y el de los recaderos, se mueve una gran variedad de indios. Cuzco me parece que es la ciudad peruana donde se notan más indios. Muy diversos y muy iguales. Desde el indio con los pómulos mongólicos y la nariz chata hasta el de rostro estrecho y nariz afilada. Hay más de los dos tipos característicos, aymara y quechua. No faltan los que he visto también en Arequipa, barbudos y oscuros, a quienes, en un bulevar de París se les tomaría por etíopes. Todos estos indios tan diferentes tienen de igual el desnudo que se divisa a través de sus harapos: no es como el nuestro. Su arquitectura corporal es también muy distinta de la importada. Y lo más igual de su cuerpo está en sus ojos, es su mirada. Con ella se echan el cerrojo y son impenetrables, guardan el secreto más herméticamente aun que los sillares.

Las indias son todavía más misteriosas que los indios. Suelen estar acurrucadas pero ni siquiera se puede saber si sentadas en el suelo o en cuclillas. Si los indios andan medio desnudos, ellas van muy fajadas. Los refajos españoles reposan sobre los huesos indios, como, en las casas, las paredes españolas sobre los sillares incaicos. En el barrio de la catedral, por las callejas pinas o en escalera, en las que se abren unas tiendas incomprensibles ante cuyas puertas se ha detenido la vida, sube alguna que otra india con su rebaño de llamas: las he seguido muy curioso y he visto que de pronto entraban los rebaños y ellas en una casona, por la puerta principal, como de niño, cuando iba por las mañanas temprano al colegio en Madrid, veía subir por las costanillas y entrar en las casas a una mujeruca con sus burras de leche, la leche dulce que entonces bebían los decaídos con la misma convicción con que hoy se toman vitaminas. En el barrio de la catedral del Cuzco,

en la esquina del que, según me han dicho, será palacio arzobispal, todas las tardes se detiene una india con sus llamas, se acurruca, sentada o en cuclillas, detrás de ellas y se está allí no sé cuánto tiempo. Puede uno subir, bajar, dar vueltas por el barrio, siempre se la encuentra allí. ¿Qué hace? ¿Qué espera? He intentado aclarar el misterio y reconozco mi fracaso de viejo periodista. A mis preguntas y ofrecimientos lanzados por encima del rebaño no he obtenido respuesta, ni una palabra, ni un signo de sí o no. El cerrojo de la mirada india.

Los indios se hacen algo comunicativos en los almacenes de coca. Cuando llegan los camiones y el catador abre un poco los sacos descargados para llevarse a la nariz unas cuantas hojas y tirarlas enseguida al suelo, los indios acuden alegres, se ríen, saben reír.

Lo más antiguo de la catedral

La catedral del Cuzco es una catedral más y no de las mejores para un español, para un europeo, ahíto de catedrales. Las mejores catedrales, si concedemos que son las góticas, tampoco se hallan en España. En el Perú, la catedral de Puno me parece más impresionante que la del Cuzco. Ésta conserva, sin embargo, un ambiente que ha desaparecido de las catedrales europeas. Siendo, naturalmente, más moderna, es más antigua que aquéllas.

De una catedral europea hubieran quitado ya los dos cuadros deliciosos, de ermita, mal pintados, a cada lado del altar que hay detrás del coro, enfrente y cerca de la puerta. Uno es emocionante: le están cortando la magnífica cabellera, lo más espléndido de la mujer, a una novicia. El otro tiene mucho misterio: en una sala conventual hay unos frailes que no se sabe lo que están haciendo. Los dos evocan un mundo desaparecido: ya no son así los frailes, las monjas, ni las cabelleras de las mujeres. En el extremo opuesto de la catedral, detrás del altar mayor, sobre el altar de la girola, hay también una pintura nostálgica, en la que aparecen unas mujeres sin senos. En la catedral de Sevilla, yo he visto a un católico irlandés indignarse porque el sacerdote, al decir la misa en cierto altar, tiene que inclinarse ante el cuadro de una virgen o santa que luce un escote profano, demasiado profano. Los senos ausentes y la ca-

bellera cortada de la catedral del Cuzco podrían, a su vez, ser consideradas como una profanación.

Las capillas laterales, con sus altas y decoradas rejas de mentirijillas, de madera, encierran más antigüedades espirituales. El Santiago, Don San Yago, como le llamaban los antiguos, el personaje más importante del catolicismo español, que, según la nueva interpretación de Américo Castro, es la antífuga de Mahoma creada por los españoles para luchar con la religión combatiente de los mahometanos, está ahí caracterizado hondamente bajo su apariencia carnavalesca de general del siglo XIX al que no le falta ni el sombrero de dos picos. Tal uniforme continúan poniéndoselo generales de América y de Europa. En los tiempos de auténtico sentimiento religioso se representaban las escenas de la Pasión con trajes contemporáneos del pintor. Todavía no ha llegado a esa audacia Salvador Dalí.

El Cristo de los Temblores es otra antigüedad espiritual que guarda en una capilla la catedral del Cuzco. Está ennegrecido pero hay que comprender bien su color. No es un Cristo para los negros sino para los indios, para que vean en él, sobre todo cuando la tierra tiembla y se le saca en procesión, algo propio, más profundo de color, más indio que ellos. Fenómeno antiquísimo de localización religiosa. En la procesión de Semana Santa, el Cristo negro es fervorosamente apedreado con la flor roja de los Andes: todo el pueblo es artista.

En la catedral del Cuzco se conservan maneras desusadas desde hace mucho tiempo en los templos católicos. Las indias al entrar se quitan el sombrero y se sientan o se quedan en cuclillas, como si estuvieran en su casa. Los perros corren jugueteando a lo largo y a lo ancho de las naves sin distraer la devoción de los fieles, mientras el arzobispo habla desde el púlpito o el oficiante eleva el cáliz. El sacristán carga el incensario al pie del altar mayor quemándose los dedos y sacudiendo familiarmente las manos después de sacar las brasas de un brasero. En el coro, los canónigos tienen escupideras. La catedral del Cuzco es la casa de Dios en su amplio sentido antiguo: de Dios y de los fieles, como las iglesias de la Edad Media cuando los fieles comían, dormían y hacían otras necesidades corporales en ellas. El famoso botafumeiro que pendiente del techo continúa balanceándose en amplios cír-

culos perfumando la catedral de Santiago de Compostela no se puso con propósito religioso sino con la intención higiénica de purificar la atmósfera corrompida por los efluvios de los peregrinos que hacían hospedería del templo.

En la sacristía de la catedral del Cuzco hay un hermoso armario colonial y una mesa de cocina. Me hallaba contemplando este menaje, cuando llegó un sacerdote que venía de decir su misa. La mañana estaba muy avanzada y el sacerdote con aire fatigado se quitó la casulla, se sentó a la mesa de la cocina, escribió en un libro de cuentas, sacó de una cesta que había sobre la mesa una taza, una cucharita, un azucarero, un panecillo, y al poner la mano sobre el termo en donde, sin duda, estaba el chocolate o el café, irrumpió en la habitación un grupo de turistas en busca de un cuadro de Van Dyck inexistente. Los turistas son lo contrario de los peregrinos; por mucho respeto con que guarden las reglas, resultan unos profanadores, lo que nunca llegan a ser los fieles que escupen y rezan. El sacerdote, con la mano sobre el termo, se quedó sorprendido, como el que recibe una visita cuando se dispone a comer en la intimidad de su domicilio. La comida a la vista y lo avanzado de la hora le habían hecho probablemente la boca agua. No pudo menos de murmurar malhumorado esta frase más profunda de lo que él pensaba: “¡El turismo! No le va a dejar a uno ni desayunar”. Pero entre los turistas había un peruano zumbón, quizá limeño, el cual se adelantó hasta la mesa con respeto, saludó con la cabeza y dijo gravemente: “Que aproveche, doctor”. Después se fue precipitadamente hacia la puerta y el grupo de turistas le siguió en rebaño.

Lo más antiguo de la Catedral, la manera de vivirla, se resuelve en anécdota. No tiene nada de particular en un mundo de An des y siglos.

(Caretas, s/f)